

BUENOS AIRES, 20 de julio.—“A quien se le ocurre”. Para dos policías que tenían la misión de vigilar la puerta del Plaza Hotel donde se hospeda Echeverría resultó insolito que el presidente de México rompiera la densa protección policiaca que se le ha brindado desde que llegó a Buenos Aires y, cruzando la calle, se confundiera entre aplausos y gritos de viva México con la gente que lo esperaba para saludarlo. La inquietud de la numerosa escolta fue evidente. Los motociclistas nerviosos, aceleraban el motor de sus máquinas con la vista fija en el numeroso grupo de argentinos que habían rodeado al presidente Echeverría; agentes de seguridad trataban sin éxito y por medios poco ortodoxos de llegar hasta donde se hallaba el estadista mexicano, mientras policías uniformados, junto a sus carros de tintilantes luces rojas, apuntaban sus armas hacia un objetivo hipotético sin demasiada discreción.

Nos explicamos el despliegue de medidas de seguridad para proteger al ilustre visitante porque entendemos la responsabilidad que en este sentido asumieron las autoridades argentinas. La situación del país es tensa, pese a la aparente normalidad. Se está esperando siempre lo inesperado y esta zozobra provoca inseguridad.

Echeverría salía de una conferencia de prensa. Muchas preguntas se le hicieron. Como ocurre casi siempre en estas ocasiones, hubo de todo: preguntas tontas, preguntas absurdas, tendenciosas, exhibicionistas de quienes más que preguntar dan cátedra de sus conocimientos y sólo dejan margen para la clásica respuesta de “tiene usted toda la razón”. Sin embargo, la conferencia de prensa sirvió para conocer estados de ánimo y pulsar opiniones.

Cuando el presidente Echeverría afirmó que el mundo marcha hacia la izquierda, al responder a una pregunta sobre el porqué había sostenido momentos antes que la izquierda, aún la extrema, es socialmente útil, arrancó una cerrada ovación aprobatoria de los presentes periodistas argentinos y mexicanos, intelectuales mexicanos, intrusos indefinidos, niños y niñas, además de no pocos curiosos que nada tenían que hacer allí.

Idéntica reacción provocaron el sí categórico a la pregunta de si estimaba conveniente que la sede de la OEA dejara de ser en Washington y las respuestas lacónicas llenas de sentido con que cerró de golpe el insidioso capítulo que sobre los trillados temas de los fertilizantes, de las supuestas promesas incumplidas de Rabasa y del nivel que guardan las relaciones con Chile, pretendió abrir la correspondencia de una publicación de Santiago.

El activo auditorio expresó sin equívocos su beneplácito a la figura que pintó Echeverría de Juan Domingo Perón como intérprete fiel de la realidad latinoamericana, de la gran corriente latinoamericana de nuestros días. En eso —dijo— reside su grandeza. Con respetuoso silencio, en cambio, fueron recibidos los elogios que hizo de la personalidad de la jefa de la nación argentina, señora María Estela Martínez de Perón, de quien dijo que se perfila como una gran estadista.

Desde luego, el centro de la atención generalizada se situó una vez más en la unidad latinoamericana y los problemas que en este orden las cosas puede plantear la pluralidad continental sobre la que obligatoriamente debe estructurarse la integración, así como las eventuales pretensiones de liderazgo que en este proceso pudieran surgir por parte de alguno de los fuertes de entre la tercermundista Latinoamérica.

Echeverría dejó en la prensa argentina una muy grata impresión. La misma impresión que causó en los sectores de la vida pública argentina con los que estableció contacto, públicos y privados, económicos, políticos, juveniles y militares, como portador de un mensaje de grandes proyecciones políticas para el continente. La visita a Argentina, de muy alta significación por el peso específico de este país en el concierto de naciones latinoamericanas, tendrá incuestionablemente positivas repercusiones.

Me decía un periodista argentino que, a la luz de lo visto, Echeverría se está convirtiendo, como lo fue Perón en vida, un personaje inquietante para cualquier gobierno “suscursalizado” o centro de poder con apetitos colonizadores. Es el mejor elogio que podía rendirle.

EL DIA

21 de Julio 1974



Una Visita que Tendrá Positivas Repercusiones

Por Jorge AYMAMI